

Mensaje para el momento presente

Llamada a la santidad

Santidad, la plenitud de la vida cristiana no consiste en lograr cosas extraordinarias, si no en la conexión con Cristo, en la unión con Él, en la adopción de sus puntos de vista, sus pensamientos y su comportamiento.

Padre: Adalbert Rebic

La Virgen nos invita a vivir la santidad siendo fiel a las palabras que Dios dijo en el Antiguo Testamento: “Santificaos y ser santos, porque yo soy Yahvé, vuestro Dios; y os crearé para que seáis míos”. (Lev11, 44-45, Lev20, 7). Jesús invita a sus discípulos a que sean misericordiosos, como misericordioso es Dios. “Sed misericordiosos como es vuestro Padre misericordioso”. (Lc6, 36). La Caridad es el lado práctico de la santidad. El discípulo Pablo en la Epístola a los Efesios invita a todos los fieles a vivir la santidad: “Bendito sea Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo con toda bendición espiritual en los cielos; por cuanto Él nos eligió antes de la construcción del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en la caridad...” (Ef1,4, Col3,12; Sol4,7; IPt2,9). Pablo nos habla a todos nosotros que la santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en lograr hechos extraordinarios y sí en vivir en conexión con Cristo y en unión con Él, adoptando su actitud, su pensamiento y su comportamiento.

Somos llamados a ser santos como Dios es santo. Esta llamada se basa en la verdad revelada, Dios creó el hombre a su imagen y semejanza (Gen1, 27). El hombre tiene que reflejar la santidad divina y la misericordia divina. La santidad divina está llena de dinamismo, es en el misterio donde se puede vislumbrar algo sobrenatural. Por esto el hombre se da cuenta de su pequeñez ante la grandeza de Dios.

Dios es la fuente y el fundamento de la santidad

Sin embargo, la Biblia no se conforma con presentar las reacciones humanas ante las divinas sino que busca la revelación de Dios, define la santidad en Dios que es de quien viene toda la santidad. Ante la pregunta de la naturaleza de la santidad divina están los misterios de Dios. Esta santidad es un don del Espíritu Santo, que es el don del amor de Dios, es Dios mismo según Juan (Jn4, 18) es la fuente de la santidad humana, es el amor el que gana al pecado, aquel que dificulta la realización de la santidad humana.

La pregunta es: ¿Cómo llegar hacia la santidad, cómo responder a la llamada divina hacia la santidad?. María puede ser nuestro modelo, quien nos enseña cómo hacerlo, su respuesta a Dios es: “Aquí está la esclava de Dios, hágase en mí según tu palabra” (Lc1,38). Ella nos enseña la pauta en el camino de nuestra vida. La vida santa no es fruto de nuestro esfuerzo, de nuestros actos, sino que la vida santa es fruto de Dios, obra del Espíritu Santo. Dios, tres veces santo, nos hace santos, el Espíritu Santo que está en nosotros nos hace santos, Cristo resucitado que nos fue

dado en el bautismo evita que seamos pecadores, nos transforma en personas santas. Nuestro destino está indiscutiblemente ligado a Cristo resucitado. Pero Dios no hace nada a la fuerza, Él respeta nuestra libre voluntad. Dios nos pide que con nuestra libre voluntad aceptemos este magnífico don de la santidad, nos pide que con nuestra voluntad permitamos al Espíritu Santo actuar en nosotros, que ajustemos nuestra voluntad con la voluntad divina, como hizo Jesús de Nazaret en el Huerto de los olivos (Lc22, 42).

Cómo es posible alcanzar la santidad

Seguramente alguien preguntará cómo es posible armonizar su manera de pensar, su comportamiento y sus actos con los pensamientos y actuaciones de Jesucristo. Allí es donde nos ayuda la enseñanza de Concilio Vaticano II: “Para la santidad lo primero y más importante es el don de amor hacia Dios y al prójimo (R5,5)... Dios se ha derramado en nuestros corazones, por la virtud del Espíritu Santo que nos ha sido dado. Por esto, lo primero y más necesario es el amor, como la semilla buena, que crecerá y dará los frutos. Cada uno de los fieles tiene que escuchar la palabra de Dios y con la ayuda de la divina misericordia cumplir su palabra, participar a menudo en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía, dedicándose a la oración y al servicio a los demás. El amor, como el vínculo de la perfección y la plenitud de la Ley (Col3, 14 Rom 13,10) dirige todos los medios de la santificación, les da forma, toma su propósito. Por lo tanto, todo verdadero discípulo de Cristo está caracterizado por el amor hacia Dios y al prójimo (Concilio Vaticano II).

Por tanto ¿qué es lo importante? . Lo importante es no dejar ningún domingo sin el encuentro con Jesús Resucitado en el sacramento de la Eucaristía. El encuentro dominical con el Jesús Resucitado no lo podemos vivir como una carga, sino como fuente de luz para toda la semana. El domingo sin Eucaristía es un domingo vacío, vacía la semana entera sin un verdadero principio y fin. También empezar y acabar el día con el contacto con Dios en la oración, seguir firmemente sus enseñanzas y cumplir los diez mandamientos. El verdadero discípulo de Cristo se reconoce según el amor que se tenga hacia Dios y el prójimo. Esta es la verdadera sencillez, la grandeza y la profundidad de la vida cristiana que lleva hacia la santidad.

San Agustín interpretando la primera epístola de San Juan dijo: “*Dilige et facquod vis- ama y haz lo que quieras*”. Aquel que está inspirado y guiado por el amor, aquel que vive el amor en plenitud, éste es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así han vivido muchos santos y benditos antes que nosotros, si han podido ellos y ellas ¿porqué no puedo yo? se preguntaba San Agustín. Para conocer mejor a todos estos héroes espirituales la Iglesia a través del año litúrgico celebra el recuerdo a los santos y santas, a aquellos que vivieron y lograron este amor en su plenitud, habiendo sabido amar y seguir a Cristo en su vida diaria.

Ellos nos enseñan que es posible ir por el camino de Jesús, seguirlo hasta final de la vida. Los santos pertenecen a diferentes épocas de la vida, diferentes países, diferentes idiomas y los hay de muy diferentes tipos. Ellos tienen que ser ejemplos para nuestra vida.

Así de bonita, sencilla y magnífica es la llamada a la santidad, y todos hemos sido llamados a ella. Jesucristo nos llama a la santidad, la Virgen nos llama a la santidad, los apóstoles nos llaman a la santidad. Todos ellos nos invitan a que cambiemos nuestras vidas, que seamos las piedras pequeñas que forman parte del magnífico mosaico de la santidad cristiana.

Fuente: Glasnik Mira
Nº 3, Mes de marzo de 2013

Traducido por: Sandra Barisic